

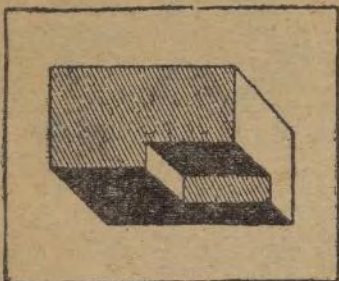
AÑO VI.—NUM. 249

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (los Jueves)

Madrid 15 de febrero de 1934



AMENIDADES

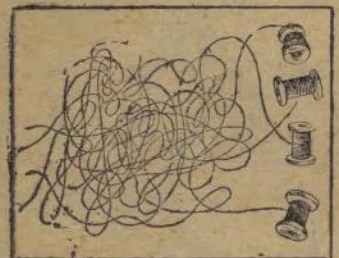


El tarugo misterioso.—Al tarugo de madera que veis dibujado, parece que le falta un trozo. ¿Verdad? Bueno, pues miradlo bien y dadle la vuelta. ¿Qué pasa? ¿Le sobra o le falta?



Francisco García es de Canena, y es además un dibujante de cuerpo entero. La imagen de Jesucristo no puede estar más fielmente reproducida, y felicitamos efusivamente a nuestro amigo García. ¡Está muy bien, Francisco!

¡Vaya lío!—Eché el gato la zarpa, por juego, a la caja donde su dueña guardaba los chismes de costura; la volcó, salieron rodando los carretes de hilo y se armó el consiguiente enredo. ¿Sería alguno de nuestros lectores tan complaciente con el ama del minino,



que la ayudase a deshacer la maraña formada por las cuatro hebras? Para más facilidad se pueden señalar con números los carretes y con letras los cabos, y así, sólo hay que indicar qué letra corresponde a cada número, es decir, qué cabo ha salido de cada carrete.

Un perrito casero.—Un perro que no ladra ni muerde, puede fabricarse en casa con un pañuelo cualquiera.

Para formar el hocico se toma un doblez de la tela en el centro de uno de los lados y se ata con una cuerdecita. La figura 1 indica cómo se empieza a hacer esta parte del animal. Las orejas se hacen con dos poquitos de pañuelo como se ve en la figura 2. Para el cuello se enrolla un poco de



bramante detrás de la cabeza. Las patas delanteras surgen fácilmente con otros trozos de bramante (figura 3), y el mismo procedimiento se sigue para las patas traseras; mas para que se tengan derechas, hay que poner dentro de cada una un palillo. La cola se forma de modo análogo a las patas. En la figura 4 se indican las diversas porciones del pañuelo que hay que tomar para la construcción de las diferentes partes del perro.

LOS NAUFRAGOS DEL "AIRÓN"

CAPITULO XXXVII

¡"Salvados"!

Los piratas se convencieron bien pronto de la inutilidad de sus esfuerzos y de que malgastaban inútilmente la pólvora, porque cesa-



ron en sus tiros de fusil. En lugar de esto, se oyó golpear fuertemente la sólida barrera, como si intentasen abrir agujeros para introducir los fusiles y hacer más eficaces sus tiros; pero como la galería era de forma de embudo, las piedras se sostenían fuertemente y era difícil desencajarlas; hubiera sido preciso un ariete o una pieza de artillería.

Ya había despuntado el día y aún los piratas no habían conseguido forzar el paso. Los Robinsones se felicitaban de aquel primer suceso, cuando oyeron fuera gritos de alegría. "¡Truenos y relámpagos!" —exclamó el marinero—. "¡Habrán descubierto una entrada desconocida por nosotros?" Una formidable detonación, que hizo retremblar el piso de la caver-



na, le cortó la palabra. "Es un disparo de cañón —dijo tranquilamente Albani—. Los miserables han desmontado, sin duda alguna, las piezas de artillería del barco y disparan contra nuestro baluarte. Pero ¡seguid, seguid disparando, señores saltadores del mar, que no será con balas de dos libras con lo que abríreis brecha!"

Los piratas se habían detenido después del primer zambombazo, acaso para ver el efecto que producía; pero bien pronto reanudaron el bombardeo. Los sitiados oían chocar las balas de cañón en los pedruscos; pero la masa que obstruía la galería era tal, que se hubiesen necesitado quinientas libras de pólvora para abrir una brecha. Al décimo disparo, una bala que se coló de rebote por entre las piedras, penetró en la caverna y fué a estrellarse en la pared opuesta, donde se clavó con violencia. "Si continúan con esa música —exclamó el marinero—, concluirán por abrir una brecha." "Y entonces —agregó serenamente el jefe— se encontrarán con nuestras flechas, que no es un

recibimiento nada agradable." En aquel momento se oyó un lejano rumor que tableteaba sobre las aguas; al oírlo, los labios del inteligentísimo marino se entreabrieron en una sonrisa. "No temáis, compañeros —exclamó—; Dios viene en nuestra ayuda. Un huracán se acerca, y no les dejará tiempo a esos bandidos para atacarnos, pues el mar azotará con furia, y a menos de que no quieran perder el barco, tendrán que alejarse de la costa y capear mar adentro el temporal."

Mientras tanto, los piratas continuaban disparando contra la galería cada vez con más furia. Debían de presentar el peligro que se les acercaba, porque redoblaron sus esfuerzos para vencer el obstáculo de la muralla y penetrar en la caverna. De tiempo en tiempo, suspendían el fuego y golpeaban la roca con gruesos troncos de árbol; aquellos golpes producían más efecto que las balas, porque desencajaban las rocas medio fragmentadas.



Los tres Robinsones, que comenzaban a inquietarse, pues tardaba en estallar el huracán, se colocaron al resguardo de los ángulos salientes, espiando el momento en que irrumpieran los piratas para recibirlos a flechazos. También el orangután se les había unido, empuñando una tranca formidable, arma terrible en sus manos.

De pronto los pedruscos, sacados de su apoyo por las balas, cedieron a un golpe más vigoroso, y una descarga cerrada resonó a través del boquete. Los sitiados comprendieron que había que morir y dispararon sus cerbatanas. Un grito agudo les respondió. Las flechas habían dado en el blanco.

Pero por el boquete abierto, los miserables



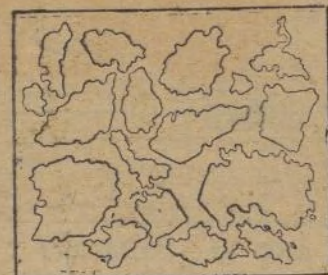
irrumpieron en la caverna. Los Robinsones estaban perdidos.

Fin del capítulo XXXVIII

No dejéis de leer el siguiente e interesantísimo capítulo, que publicaremos en nuestro número próximo.

PASATIEMPOS

¿Qué falta?—Los trozos de mapa que aquí se ven, forman, si se reúnen acertadamente, uno de los continentes de nuestro globo, a excepción de una de las naciones que hay en dicho continente. Es decir, que, cortados los pedazos y reunidos hasta formar la parte del mundo pedida, el espacio correspon-

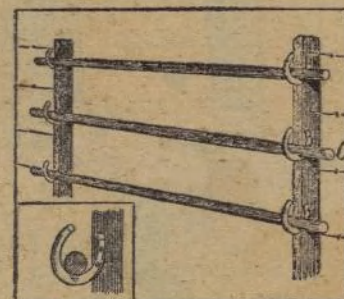


diente a dicha nación quedará en hueco.

El problema, por consiguiente, consta de dos partes: acertar el continente y decir qué nación es la que falta.

Una puerta sencilla.—El dibujo que acompaña a estas líneas demuestra cómo puede construirse una puerta para uso temporal o permanente.

Todo lo que se necesita son unas



cuantas herraduras viejas y unos cuantos palos.

Las herraduras se clavan en unos postes como se ve en el dibujo pequeño.

Estas puertas, utilísimas para prados, cercados, etc., tienen la ventaja de que pueden ponerse en unos minutos y quitarse sin gran trabajo cuando no son necesarias.

Jeromín.—A que no sabes dónde hay más cal.

Don Severo.—...
Jeromín.—Pues en el mar, porque hay cal-a-mares.

María Prieto Alonso,
11 años, Villalba (Lugo).



El conejo y el conejillo. Así titula a su magnífica obra de arte Julián Facher, que, además de ser de Alicante, tiene doce años. A nosotros nos ha quedado, sin embargo, una duda dolorosa. ¿El conejito anda con muletas? ¿O son las patitas? ¡Pobre conejito!



Cuando no sale la sortija.—Cuando no se puede sacar una sortija del dedo, se pasa entre ella y la carne una hebra de hilo o bramante fino, y el extremo que queda hacia la parte de la uña, se enrolla al dedo de modo que lo cubra desde la sortija hasta la primera articulación. Después se empieza a desenrollar el hilo, empezando por el extremo que pasa por debajo del anillo, y éste va saliendo perfectamente.

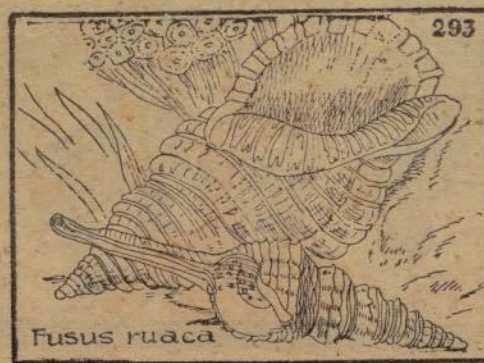
Para vuestro Album de Historia Natural



Cirroleutis de Müller



Boa divino



Fusus ruaca



Gorila del Africa occidental

LOS DEFECTOS DE BARTOLO



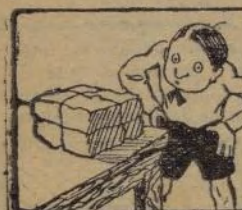
Los papás de Bartolo no podían hacer carrera con su hijo, porque no había manera de corregirle los muchos y graves defectos que hacían del rapaz una verdadera alhaja. Por las buenas, era predicar en desierto. Los consejos, las reflexiones, le entraban por un oído y por el otro le salían. Por las malas, era peor, porque el chiquillo cogía cada perra cuando le contrariaban, que había que llamar a los de Asalto. Hasta que sus papás discurrieron el

gran remedio de arreglar las cosas sin contradecir a su hijo, sacando partido de sus mismos defectos. Bartolo tenía un genitazo, que cuando le picaba la mosca parecía que le llevaban los demonios, y no dejaba títtere sano a su lado. Entonces su papá le ponía en la mano un sacudidor y lo ponía a limpiar las alfombras hasta que desahogaba en ellas toda su rabia. Era también Bartolo un mono de imitación y le gustaba remedar a los cono-



cidos de casa, poniéndose los sombreros de los que venían de visita y haciendo ante el espejo mil gestos y visajes. Su mamá, que era modista, aprovechaba estas rachas de Bartolo para probar en su cabeza los sombreros que hacía y ver el efecto que producirían en las de sus clientes. Era también Bartolo un jaraneador, y cuando se liaba a sacudir los cacharros de la cocina, amaba cada zambra que retumbaba en toda la vecindad. Para que desahogase esta afición, su papá lo puso de aprendiz

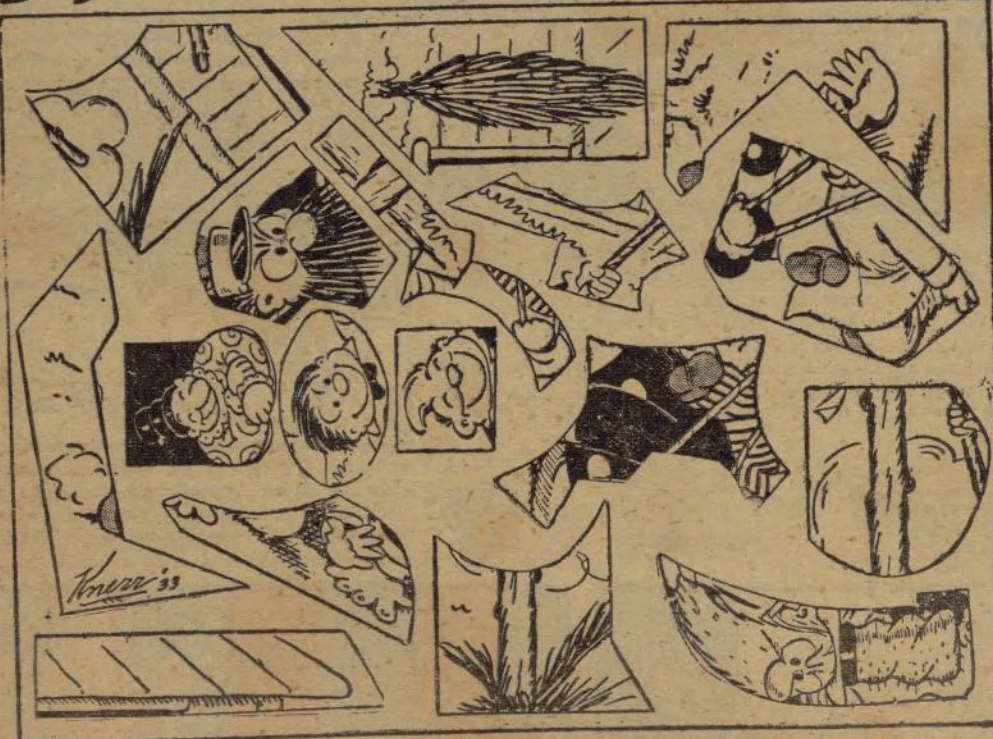
en casa de un embalador, y allí, a fuerza de sacudir martillazos, se curó bastante de su manía. En cierta ocasión, tuvo la avilantez de sacar la lengua a su padre, y éste, con mucha cachaza, le obligó a tenerla fuera para ir engomando trescientos sobres de trescientas circulares que tenía que repartir. De curiosidad no habíamos, porque no venía a casa paquete ni caja en los que Bartolo no tuviese que meter las narices antes que nadie. Para sacar provecho de este defecto, sus padres lo colo-



caron en casa de un comerciante vecino que recibía diariamente muchos cajones y bultos de mercancías, y Bartolo se pasó varios meses desembalando géneros hasta que se hartó de querer saber lo que no le importaba. Finalmente, Bartolo tenía una gracia de la que, al parecer, no se podía sacar partido ninguno, y era que el angelito no dejaba mueble sano en casa, y con clavos, martillos, punzones, alicates, tenazas y demás instrumentos punzantes, cortantes y contundentes, había hecho casi as-

tillas el mobiliario doméstico. Pues hasta para este furor devastador se halló campo apropiado, porque le metieron en el misterioso taller de un "fabricante de muebles antiguos", y era de ver cómo nuestro héroe convertía en pocas horas cualquier mesa de pino, pongamos por caso, recién hecha, en una pieza maravillosa de arte antiguo, sobre la que habían caído lo menos media docena de siglos. ¡Si que no era alhaja el pécora de Bartolo! Y todavía de-

ROMPECABEZAS

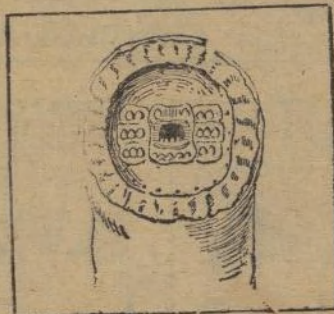


REGALOS DE JUGUETES

a los consumidores del ARROZ GRANITO

Remítase por correo este anuncio y tres saquitos vacíos del Arroz Granito a Ferrer Hermanos, Arroces. Valencia, y en seguida se enviará—a la dirección que se indique—un bonito juguete. Señálese si de niño o niña

EN SERIO Y EN BROMA



El hombre y la inmensa mayoría de los animales tienen los dientes en las mandíbulas. Los peces pueden tenerlos también en el paladar, en la faringe, en la base de la lengua y hasta en los labios. Ved la boca de una lamprea, con sus dientes insertos en sus labios.



—¿Cómo llevas las manos de esa forma?

—Es que se había perdido la llave del armario, y la busqué entre la crema del pastel que teníamos para postre.

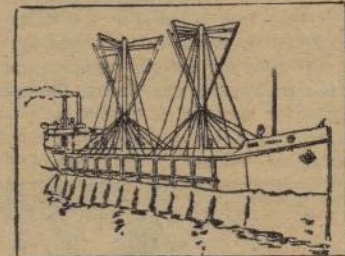


—¿Sabes que ya anda solo mi hermanito?
—¿Desde cuándo?
—Desde hace tres meses.
—Pues ya estará muy lejos, ¿verdad?

UN JUEGO DE MANOS INDIO

Los prestidigitadores de la India gozan de fama universal por la habilidad con que ejecutan algunos juegos que, a primera vista, nadie puede explicarse. Uno de los que hacen con más frecuencia es el de las tijeras, que consiste en pasar un cordón de seda por los ojos de unas tijeras en la forma que indica el grabado, y teniendo otra persona cogidas las dos puntas del cordón, sacar éste sin cortarlo, deshaciendo la ligadura.

Son pocas las personas que saben hacer esto, y como el presti-



El cemento, revistiendo al hierro, como la carne reviste al sistema óseo en los cuerpos vivientes, ha venido a resolver en forma económica, rápida y duradera el problema de muchas construcciones, y así se hacen faros, puentes, escaleras, edificios, tuberías, depósitos, chimeneas, piscinas y hasta barcos, como este que veis en el dibujo.

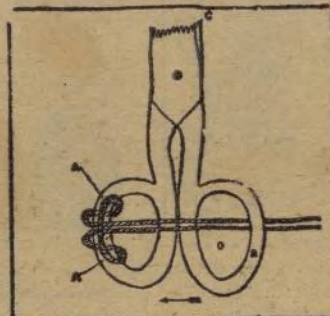


—¿Cuánto vale esa tortuga?
—50 pesetas.
—¿50 pesetas y no anda apenas? Pues ¿cuánto cobraría usted por una motocicleta?

CHISTE

—Vengo a afinar el piano.
—Pero si no le he avisado?
—Usted, no; han avisado los vecinos.

Merceditas Verdú, 8 años



digitador se cubre las manos con un pañuelo, los circunstantes creen que lo que ha hecho ha sido romper el cordón y unirlo después de algún modo misterioso; pero no hay nada de esto. Lo que se hace es poner el cordón muy flojo, de modo que la lazada A A quede larga, como de un palmo. Se mete esta lazada por el ojo D, y luego se trae hacia arriba por fuera de la parte B, se lleva en la dirección que indica la flecha y se pasa por las puntas C. Entonces no hay más que dar un tirón y saldrá el cordón con toda facilidad.



En las famosas canteras de mármol de Carrara, hay empleados más de diez mil obreros, y se utilizan un centenar de serradoras mecánicas. Estas funcionan de la manera que podéis ver en el dibujo, mediante cintas flexibles de acero, dentadas o lisas, accionadas por motores mecánicos, o por maromas o cables de triple retorcido que con arena o polvos de "carbó-rundum" actúan como sierras.



La locomotora pequeña y la grande de este dibujo representan, respectivamente, y en proporción, la velocidad de un tren expreso y la de traslación y rotación de un ciclón. Ha habido ciclón que anegó en algunas horas más de 150 buques de alto bordo, y otro ahogó en las aguas desbordadas del Ganges más de 20.000 personas.



Don Severo había decidido llevarse el campeonato de los pescadores de caña, y la medalla del mérito pesquero, concedida para los que pescasen el pez más hermoso. Resuelto a llevar-



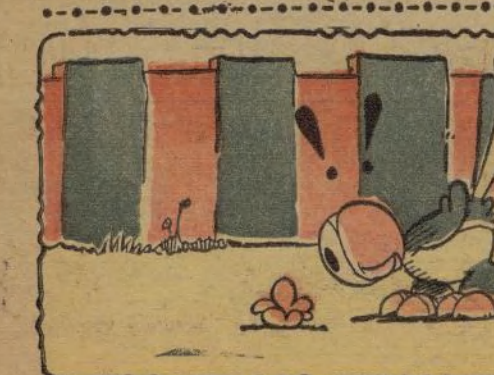
se el premio, echó el anzuelo en un río famoso por el tamaño de las truchas que se pescaban en él. Con enorme alegría comprobó a poco que una trucha había mordido el anzuelo, y tiró de



la caña, con tanta fuerza, que el sedal y el pez se enredaron en el tronco de un árbol. Nuestro amigo, radiante de júbilo, pretendió desenredar el lío, mas no era cosa fácil. A costa de mil esfuer-



zos pudo conseguirlo, y entonces vino lo gordo. Mientras don Severo pugnaba por deshacer el lío, un gatto se había comido la presa. ¡Adiós medalla! ¡Adiós Premio! ¡Adiós esperanzas!



¡Caracoles rellenos! ¡Vaya una florecita! ¿Qué clase de flor será esta tan rara? ¿Me gustaría saberlo aunque me quebrase una pata?

PRISIONEROS DEL MAR

CONTINUACIÓN



Patinaban cierto día todos juntos en el lago helado, cuando Alberto, tentado por su espíritu de independencia, dijo a Martín: "Mira: allí veo una bandada de ánades; ambos llevamos escopetas; llévmonos a ver si cazamos algunas piezas". Y desobedeciendo las órdenes de Enrique, que había prohibido que nadie se alejara, partieron a toda velocidad lago adentro. Enrique los vio marchar, y lamentó con Alvaro aquella desobediencia que podía traer consecuencias desagradables. Efectivamente; a eso de las dos de la tar-



de, comenzó a levantarse una espesa niebla, y desapareció toda visibilidad. No se veía ni rastro de los dos imprudentes muchachos. Enrique, alarmado, comenzó a dar repetidos toques de corneta, que servían al mismo tiempo de llamada y de orientación. Cuantos patinaban por las orillas se reunieron inmediatamente, y comenzaron a comentar el apurado trance en que podrían hallarse sus compañeros. El tiempo pasaba, y éstos no aparecían. Era casi seguro que se habían extraviado, y que alejándose de su punto de partida en vez de



lo cogía sin lograr orientarse, no podría soportar aquellas crudísimas temperaturas de diez y doce grados bajo cero. Todos los compañeros, pero singularmente, como es natural, su hermano Enrique, sentían una terrible angustia. Las salvas se repetían periódicamente. Alguien lanzó la idea de encender en la orilla una gran fogata, y ya se ponía manos a la obra, cuando Alvaro gritó: "Esperad. ¡Me parece que hacia el Este se divisa una figura! Si ¡Por allá viene!" Y todos comenzaron a palmotear de júbilo. "Pero no viene solo. Con él



viene otra figura!" "¿Si serán hombres?" "Deben de ser animales"—exclamó Alberto, avanzando resuelto con su escopeta cargada. Efectivamente. Pablo se acercaba seguido por dos osos a poca distancia. Alberto y Martín dispararon sus armas, y las fieras, asustadas, volvieron grupas y se perdieron entre la niebla. Pablo contó cómo se había desorientado también él, cómo había oído los cañonazos, y cómo al clarear un poco la niebla había topado con los dos osos, que le habían sido seguido tenazmente. Si se hubiera caído en

cierzo, caminando descansadamente durante dos días durante los cuales se alimentaron de su caza. Llegaron por fin al citado riachuelo, y por su orilla se encaminaron a la playa. En el camino pudieron comprobar con satisfacción que aquellos bosques eran tan espléndidos y tan abundantes en caza como se les había dicho, y por tanto, que su vida estaba asegurada viviendo en aquel territorio. Al amanecer del tercer día de marcha oyeron el mugido del oleaje, y poco después descubrían la deseada bahía, y resguardado entre unas



rocas un pequeño puertecito natural. Después de examinar el horizonte del mar, bajaron a la playa y escocieron una de las cuevas que les pareció más a propósito, con varias cavidades independientes. El fin de su expedición exploradora estaba logrado, y podían ya regresar en busca de todo el ajuar que les correspondía. Como disponían del tiempo a su antojo decidieron regresar por el norte, explorando aquella parte de la isla y del litoral. Después de recorrer la playa de la bahía en una longitud de dos millas, se internaron por



un espeso bosque, siguiendo la corriente de otro arroyuelo que por allí desembocaba en el mar. La vegetación era aún más frondosa y entre ella divisaron algún corpulento cuadrúpedo, sobre el que dispararon, sin consecuencias. Al anochecer oyeron el ruido de las olas y pronto descubrieron una estrecha playa a sus pies. Avanzaron resueltamente, y... lo que vieron les dejó clavados en el sitio. Lumbada al borde de las aguas se veía una embarcación; junto a ella, dos cuerpos humanos, inertes, yacían en la arena. (Continuará.)



un espeso bosque, siguiendo la corriente de otro arroyuelo que por allí desembocaba en el mar. La vegetación era aún más frondosa y entre ella divisaron algún corpulento cuadrúpedo, sobre el que dispararon, sin consecuencias. Al anochecer oyeron el ruido de las olas y pronto descubrieron una estrecha playa a sus pies. Avanzaron resueltamente, y... lo que vieron les dejó clavados en el sitio. Lumbada al borde de las aguas se veía una embarcación; junto a ella, dos cuerpos humanos, inertes, yacían en la arena. (Continuará.)



un espeso bosque, siguiendo la corriente de otro arroyuelo que por allí desembocaba en el mar. La vegetación era aún más frondosa y entre ella divisaron algún corpulento cuadrúpedo, sobre el que dispararon, sin consecuencias. Al anochecer oyeron el ruido de las olas y pronto descubrieron una estrecha playa a sus pies. Avanzaron resueltamente, y... lo que vieron les dejó clavados en el sitio. Lumbada al borde de las aguas se veía una embarcación; junto a ella, dos cuerpos humanos, inertes, yacían en la arena. (Continuará.)

un espeso bosque, siguiendo la corriente de otro arroyuelo que por allí desembocaba en el mar. La vegetación era aún más frondosa y entre ella divisaron algún corpulento cuadrúpedo, sobre el que dispararon, sin consecuencias. Al anochecer oyeron el ruido de las olas y pronto descubrieron una estrecha playa a sus pies. Avanzaron resueltamente, y... lo que vieron les dejó clavados en el sitio. Lumbada al borde de las aguas se veía una embarcación; junto a ella, dos cuerpos humanos, inertes, yacían en la arena. (Continuará.)



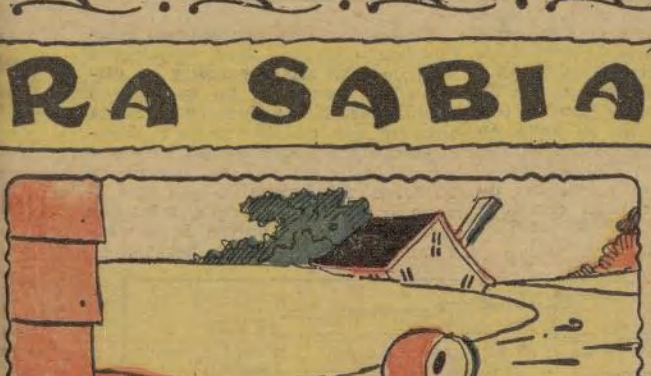
un espeso bosque, siguiendo la corriente de otro arroyuelo que por allí desembocaba en el mar. La vegetación era aún más frondosa y entre ella divisaron algún corpulento cuadrúpedo, sobre el que dispararon, sin consecuencias. Al anochecer oyeron el ruido de las olas y pronto descubrieron una estrecha playa a sus pies. Avanzaron resueltamente, y... lo que vieron les dejó clavados en el sitio. Lumbada al borde de las aguas se veía una embarcación; junto a ella, dos cuerpos humanos, inertes, yacían en la arena. (Continuará.)



un espeso bosque, siguiendo la corriente de otro arroyuelo que por allí desembocaba en el mar. La vegetación era aún más frondosa y entre ella divisaron algún corpulento cuadrúpedo, sobre el que dispararon, sin consecuencias. Al anochecer oyeron el ruido de las olas y pronto descubrieron una estrecha playa a sus pies. Avanzaron resueltamente, y... lo que vieron les dejó clavados en el sitio. Lumbada al borde de las aguas se veía una embarcación; junto a ella, dos cuerpos humanos, inertes, yacían en la arena. (Continuará.)



un espeso bosque, siguiendo la corriente de otro arroyuelo que por allí desembocaba en el mar. La vegetación era aún más frondosa y entre ella divisaron algún corpulento cuadrúpedo, sobre el que dispararon, sin consecuencias. Al anochecer oyeron el ruido de las olas y pronto descubrieron una estrecha playa a sus pies. Avanzaron resueltamente, y... lo que vieron les dejó clavados en el sitio. Lumbada al borde de las aguas se veía una embarcación; junto a ella, dos cuerpos humanos, inertes, yacían en la arena. (Continuará.)



un espeso bosque, siguiendo la corriente de otro arroyuelo que por allí desembocaba en el mar. La vegetación era aún más frondosa y entre ella divisaron algún corpulento cuadrúpedo, sobre el que dispararon, sin consecuencias. Al anochecer oyeron el ruido de las olas y pronto descubrieron una estrecha playa a sus pies. Avanzaron resueltamente, y... lo que vieron les dejó clavados en el sitio. Lumbada al borde de las aguas se veía una embarcación; junto a ella, dos cuerpos humanos, inertes, yacían en la arena. (Continuará.)

un espeso bosque, siguiendo la corriente de otro arroyuelo que por allí desembocaba en el mar. La vegetación era aún más frondosa y entre ella divisaron algún corpulento cuadrúpedo, sobre el que dispararon, sin consecuencias. Al anochecer oyeron el ruido de las olas y pronto descubrieron una estrecha playa a sus pies. Avanzaron resueltamente, y... lo que vieron les dejó clavados en el sitio. Lumbada al borde de las aguas se veía una embarcación; junto a ella, dos cuerpos humanos, inertes, yacían en la arena. (Continuará.)



un espeso bosque, siguiendo la corriente de otro arroyuelo que por allí desembocaba en el mar. La vegetación era aún más frondosa y entre ella divisaron algún corpulento cuadrúpedo, sobre el que dispararon, sin consecuencias. Al anochecer oyeron el ruido de las olas y pronto descubrieron una estrecha playa a sus pies. Avanzaron resueltamente, y... lo que vieron les dejó clavados en el sitio. Lumbada al borde de las aguas se veía una embarcación; junto a ella, dos cuerpos humanos, inertes, yacían en la arena. (Continuará.)



un espeso bosque, siguiendo la corriente de otro arroyuelo que por allí desembocaba en el mar. La vegetación era aún más frondosa y entre ella divisaron algún corpulento cuadrúpedo, sobre el que dispararon, sin consecuencias. Al anochecer oyeron el ruido de las olas y pronto descubrieron una estrecha playa a sus pies. Avanzaron resueltamente, y... lo que vieron les dejó clavados en el sitio. Lumbada al borde de las aguas se veía una embarcación; junto a ella, dos cuerpos humanos, inertes, yacían en la arena. (Continuará.)

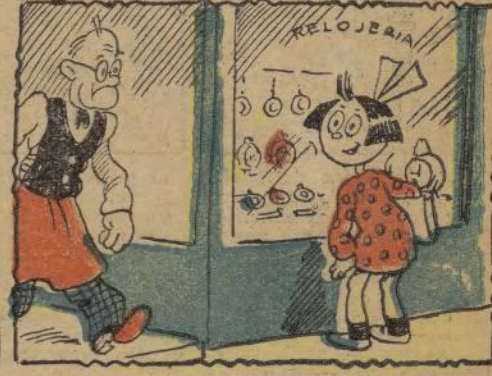


un espeso bosque, siguiendo la corriente de otro arroyuelo que por allí desembocaba en el mar. La vegetación era aún más frondosa y entre ella divisaron algún corpulento cuadrúpedo, sobre el que dispararon, sin consecuencias. Al anochecer oyeron el ruido de las olas y pronto descubrieron una estrecha playa a sus pies. Avanzaron resueltamente, y... lo que vieron les dejó clavados en el sitio. Lumbada al borde de las aguas se veía una embarcación; junto a ella, dos cuerpos humanos, inertes, yacían en la arena. (Continuará.)



un espeso bosque, siguiendo la corriente de otro arroyuelo que por allí desembocaba en el mar. La vegetación era aún más frondosa y entre ella divisaron algún corpulento cuadrúpedo, sobre el que dispararon, sin consecuencias. Al anochecer oyeron el ruido de las olas y pronto descubrieron una estrecha playa a sus pies. Avanzaron resueltamente, y... lo que vieron les dejó clavados en el sitio. Lumbada al borde de las aguas se veía una embarcación; junto a ella, dos cuerpos humanos, inertes, yacían en la arena. (Continuará.)

un espeso bosque, siguiendo la corriente de otro arroyuelo que por allí desembocaba en el mar. La vegetación era aún más frondosa y entre ella divisaron algún corpulento cuadrúpedo, sobre el que dispararon, sin consecuencias. Al anochecer oyeron el ruido de las olas y pronto descubrieron una estrecha playa a sus pies. Avanzaron resueltamente, y... lo que vieron les dejó clavados en el sitio. Lumbada al borde de las aguas se veía una embarcación; junto a ella, dos cuerpos humanos, inertes, yacían en la arena. (Continuará.)



Teresa siempre que pasaba por la relojería de Anacleto tenía que pararse a mirar entusiasmada los objetos del escaparate que daban la hora de bonitos. Pero a don Anacleto le mole-



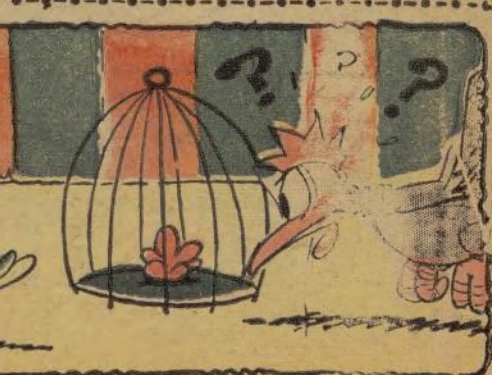
taba la niña que era más peline que las moscas sobre un pastel, y un día en que Teresa, como de costumbre, contemplaba el escaparate sin hacer gasto, como de costumbre también, sa-



lió a la calle y se acercó a la casa del "cañón" con sangre. A Teresa aquello le pareció muy mal y al día siguiente cogió de su casa un imán muy potente y corrió por el cristal del es-

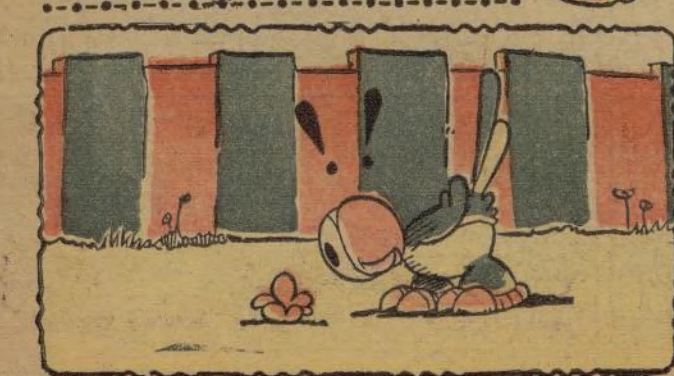


caparate armó entre los relojes una marabanda de mil diablos, haciendo que todos los objetos atraídos por el imán, se golpearan y se hicieran polvo, con desesperación de Anacleto.

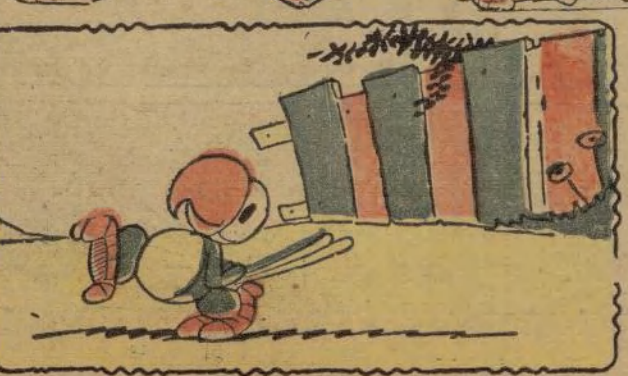


¡Ajá! Ahora voy por la regadera. Lo regaré bien y así sabe lo que puede ocurrir. A lo mejor sale una gallina pollos.

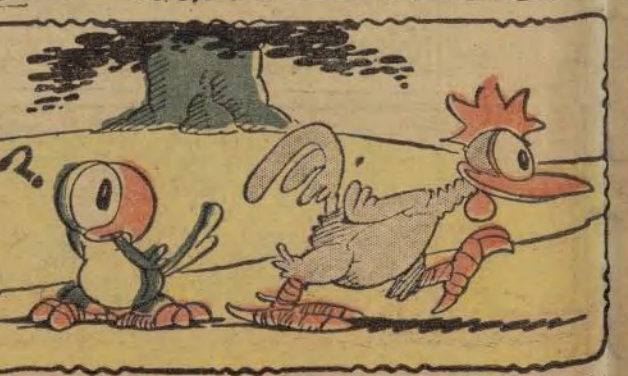
LA COTORRA SABIA



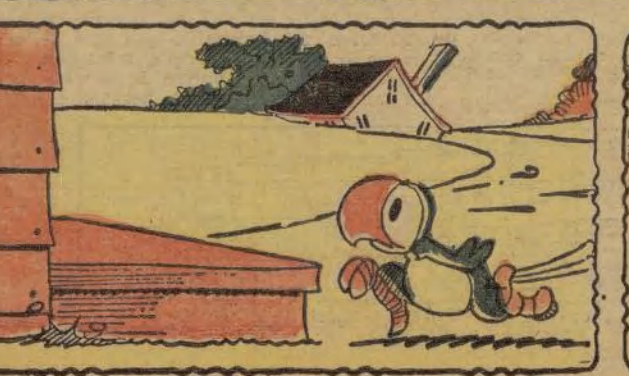
¡Caracoles rellenos! ¡Vaya una florecita! ¿Qué clase de flor será esta tan rara? ¿Me gustaría saberlo aunque me quebrase una pata?



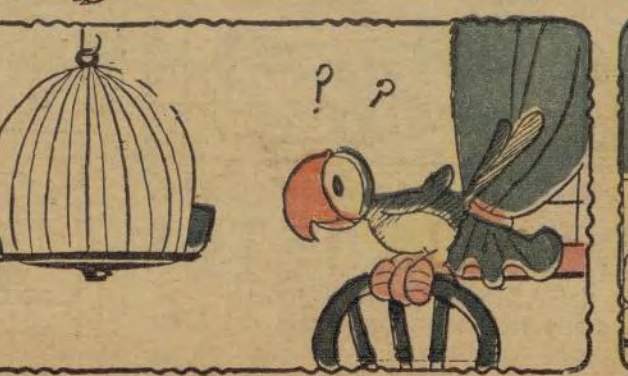
¡Qué misterios tiene la naturaleza! ¿Qué cosas tan raras hace que se crien! Me ha intrigado la florecita; ¡pero me quedo en ayunas!



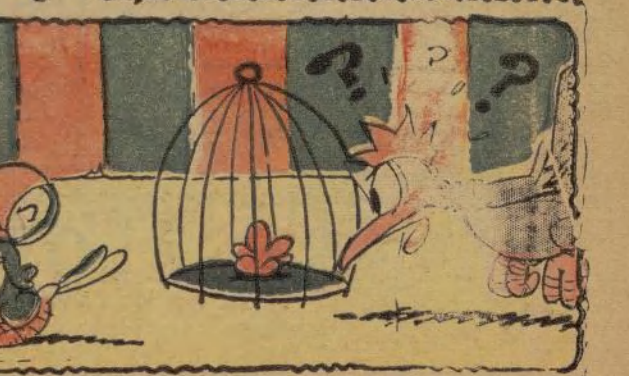
¡Ay mi tía la del pueblo y la de Madrid! ¿Que ya sé lo que es! ¿Que no era una flor! ¿Que era la cresta de un gallo que está pidiendo!



Voy corriendo a casa. Es preciso que no se me escape ese gallo que puede servir de alimento para mis amos el día de su cumpleaños.



Me parece que tengo una idea genial en la mollera. Creo que he encontrado el medio de atrapar a ese gallo que está naciendo.



¡Ajá! Ahora voy por la regadera. Lo regaré bien y así sabe lo que puede ocurrir. A lo mejor sale una gallina pollos.

LA PALOMA y el SULTAN

Una vez era un sultán, que se llamaba Indilal. Paseaba un día por su jardín y vió una paloma parada en un abeto. Como era un buen tirador, preparó su cerbatana y la hizo caer al suelo herida en un ala. La paloma, al verse en manos del sultán, comenzó a lastimarse tristemente, diciendo: "Mi señor y soberano, ¿de qué te serviría matarme y hacerme guisar? ¡Soy tan pequeña! ¿No sería mejor que me soltases y así harías una buena obra?" El sultán respondió: "Palomita, es mucho mejor que te mande guisar para mis hijos; así es que resultan inútiles tus quejas, pues pienso mandarte a la cocina para que te guisen."

Entonces la paloma añadió: "Mi señor y soberano, ponme en libertad y, seguramente, tendrás una ganancia mayor dejándome libre" "¿Qué ganaría?" "Escúchame, mi señor y soberano. Si me sueltas volaré a la rama más baja del abeto y te daré un consejo. Luego



volaré a la rama del medio y te daré otro consejo y, finalmente, me pararé en la rama más alta y te daré un tercer consejo."

El sultán, entonces, abrió la mano y la palomita voló a la rama más baja, y desde allí habló: "Oye mi primer consejo. Si llega hasta ti noticia de algún dicho, si oyes una historia o alguien enuncia una opinión, examínalo primero y sólo creas aquello que contenga un sentido razonable." En seguida voló a la rama del medio, y dijo así: "Señor, no te lamentes jamás de lo que ya ha ocurrido; no te arrepientas jamás de lo bueno que ya hayas hecho." Al momento la paloma voló a la rama más alta, y exclamó: "Oye el tercer consejo. Mi se-



ñor y sultán, eres realmente un mentecato. Si me hubieses matado habrías abierto mi buche y encontrado en él tres rubíes, tan grande cada uno, como el huevo de un pato; lo siento mucho, sultán, pero me veo precisada a dejarte. Gracias por haberme soltado, y procura, de ahora en adelante, no olvidar los consejos que acabas de aprender."

Cuando la palomita hubo dicho esto, voló hacia la montaña. El sultán se levantó rápidamente y comenzó a perseguirla con ánimo de vengarse. Tres días y tres noches anduvo tras de ella sin descanso; pero sin conseguir acercarse. De pronto la paloma voló a un matorral de espinos. El sultán la siguió

también hasta allí, destrozándose la ropa y lacerándose las carnes las espinas, que le aprisionaron sin dejarle moverse. Entonces exclamó el ave maravillosa:

"Señor sultán Indilal, ahora es cuando se ha manifestado plenamente tu tontería y tu escasez de luces. En primer lugar, me pusiste en libertad teniendo entre tus manos. Yo te convencí y, sin embargo, yo soy sólo una avecilla y tú eres un hombre poderoso. Por lo tanto eres menos hábil que un animalillo cualquiera. Además, tu tontería resulta claramente de lo que sigue: ¿no te dije que no hicieses caso de lo que te contaran y solamente escuchases lo razonable? Y, sin embargo, has



tomado en serio el que en mi buche, que es mucho más pequeño que un huevo de pato, pudiese haber tres rubíes del tamaño de un huevo de pato. Y, finalmente, tu escasez de luces es bien manifiesta, ¿no te advertí que jamás te arrepintieras de lo bueno que ya hubieses hecho? Pues, a pesar de ello, te arrepentiste de haberme dado suelta y ahora te ves ahí aprisionado, martirizado por las espinas y lejos de tu patria."

Dicho esto, la paloma voló alegremente, y el sultán quedó allí preso en el matorral de espinas, maldiciendo y renegando de su suerte. Afortunadamente para él, unos labradores pasaron por allí, y, a costa de grandes esfuerzos, consiguieron desenredarle, no sin que saca-



ra todo el cuerpo cubierto de heridas y arañazos.

El triste fin del sultán Indilal debe servirnos, queridos niños, de experiencia. No os arrepintáis jamás de una cosa buena que hayáis hecho, pretendiendo enmendar vuestro buenos sentimientos. Hay que ser precavidos y no aspirar codiciosamente a más de lo que la suerte nos concediera, tirando lo que tenemos ya conseguido.

A NUESTROS COLABORADORES

Recibimos muchos y bonitos dibujos que nos es imposible reproducir por venir hechos a lápiz o en colores. Repetimos de nuevo que los originales deben de enviárenos dibujados en papel blanco, con tinta negra, y enmarcados en un cuadro de diez centímetros de lado.

LOS TRES AVENTUREROS



CAPITULO IV

¡Salvados!

Polo y Boston nadaban vigorosamente, esforzándose por sostenerse unidos entre el revuelto oleaje. A la luz de los relámpagos se distinguían, dirigiéndose frases alentadoras. Sin embargo, en el pecho de los dos amigos una duda les atormentaba cruelmente. ¿Y Rafa? ¿Qué había sido del desgraciado muchachillo? En aquel momento, Polo vislumbró un



rradas por la amargura, llamando al compañero perdido: "¡Rafaaa! ¡Rafael!" Y fué en aquellos momentos cuando entre el sonar fragoroso de los truenos y el tableteo de las olas, que rompían con fiereza, les pareció oír como una queja. Conmovidos por un mismo pensamiento, el negro y el muchacho se incorporaron en los restos de la barquilla, tratando de descubrir algo a través de las



contra las olas, pero al cabo consiguieron llegar hasta el objeto aquél, y entonces un doble grito de alegría dominó el estruendo de la tempestad. El bulto, que nadaba ya muy débilmente, era "Leal", el noble perro lobo; pero, sostenido entre los dientes, el abnegado animalito agarraba el cuerpo inanimado de Rafael.

Boston cogió en sus brazos al mucha-



bulto grande que pasaba a su lado, y dando una brazada vigorosa se asió a él. Eran los restos de la barquilla del dirigible, que flotaban sacudidos por las olas. Haciendo un esfuerzo, el golfillo se izó en aquella balsa improvisada, sobre la que ya se había encaramado Boston. Ansiosamente trataron de desgarrar las tinieblas, esperando vanamente descubrir a su querido camarada. Y las voces de los naufragos se alzaron desga-



sombras. Y a la luz de un relámpago distinguieron confusamente un bulto, que parecía nadar, haciendo esfuerzos sobrehumanos.

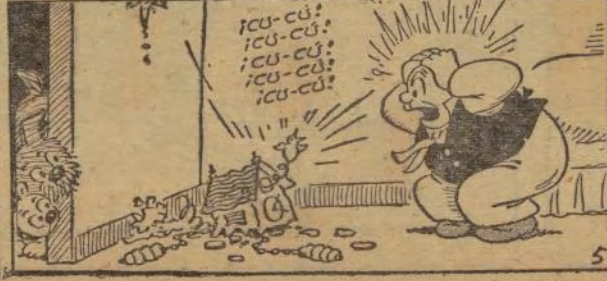
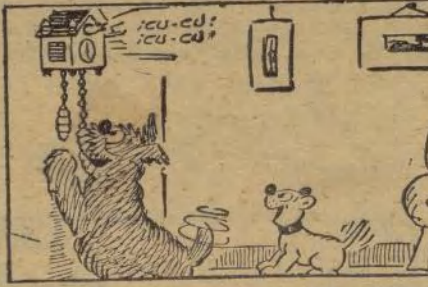
Y volviendo a oír otra vez el lamento angustioso, los dos, movidos de un mismo impulso, se lanzaron entre el revuelto oleaje, avanzando hacia el bulto misterioso. Por espacio de dos minutos mantuvieron una lucha titánica



chillo y, seguido de Polo, consiguieron llegar hasta los restos de la barquilla, sobre la que izaron a su querido compañero.

Se habían salvado. ¿Pero qué suerte les esperaba a los aventureros, perdidos en el inmenso océano sobre una frágil barquilla, que no bastaría para sostenerlos?

Fin del capítulo IV



INTERCAMBIO



Don Tiragomas se fué a cazar al desierto, y se encontró una vez con lo que menos esperaba: con un león de verdad. Don Tiragomas quiso echarlo a broma y de-



cir que no valía; pero el león lo tomó en serio y se organizó una "melée" de honor que ni la batalla de Port-Arthur. Cuando pasó el tiem-



po reglamentario, el león se fué de caza y don Tiragomas salió a gatas...

El ilustre Tiragomas, fué nombrado "as" de los cazadores del desierto.

¡EL SOL NO ME HA VISTO!

En tiempos del rey Luis Felipe, hubo en Francia un general que, como buen gascón, era hiperbólico y enfático en el hablar, y decía las cosas con un aplomo y una suficiencia, inocentes, en medio de todo, que caían en gracia.

El general Tartás, que así se

ballo, y sin poder dominarlo, el jinete vino a dar con su cuerpo en tierra.

El general Tartás, que tenía la palabra tan rápida como su imaginación, no pudo contenerse y gritó indignado:

—¡Animal! ¿Dónde se ha visto

el caso es que empezó a dar corcovos violentamente, y el general vino a dar con toda su mole y todos sus entorchados en el santo suelo.

La cosa no podía ser más chusca, y los oficiales, en medio de la solicitud con que acudieron a au-



llamaba nuestro hombre, pasaba un día revista en Burdeos a algunos regimientos de Caballería. Rodeado de su Estado Mayor, se pavoneaba con gran empaque, dentro de su vistoso uniforme, poniendo toda su atención en las

semejante bruto que se deja desmontar de su cabalgadura?

Los oficiales de su Estado Mayor, compadecidos del pobre soldado, hacían algunos gestos para dar a entender, aunque respetuosamente y sin comprometerse, que en el Ejército se veían con frecuencia animales de la misma especie, y que la cosa no era para irritarse ni para extrañarse.

El general lo advirtió, y volviéndose a su séquito, les dijo en tono enfático:

—Señores: cuarenta años hace que monto a caballo; en mi vida militar y en mis campañas las he pasado de todos los colores, y me he visto en todos los trances; pero yo les puedo asegurar a ustedes que el sol no ha visto que mi caballo me desmontara jamás...

Mientras así hablaba, su caballo, bien fuera por las voces que el general daba, bien porque se asustara de otra causa cualquiera,

xiliar a su general, no podían disimular la risa que les producía aquella situación tan ridícula. ¿Creéis que por eso el general Tartás perdió su aplomo y se ruborizó? De ninguna manera. Se levantó cubierto de polvo, hinchó el pecho, tosió, miró hacia arriba y,



señalando con la mano al cielo, que estaba nublado, exclamó arrogante:

—Señores: ¡El sol no me ha visto!

¿QUÉ ES EL TALENTO?



Anacleto castigaba todas las mañanas a los vecinos del barrio con cada serenata que hacía llover sobre él ladrillos, patatas, zapatos vie-



jos y demás comestibles. Cuando llegaba la lluvia, Anacleto tenía que salir por pies. Pero cierto día le obsequiaron con un codillo de tu-



bería de cocina, y ya tuvo Anacleto el casco protector que necesitaba para dar serenatas impunemente.

Aventuras de Tarugo y Perdígón



Tarugo y Perdígón salieron incómodos de su última faena, y como estaban más aburridos que un hongo, se les ocurrió que sería muy divertido el pegar al pato Centellas, sobre el lomo del fiero gato Mamerto.



Y como cuando pensaban una cosa la ponían en práctica, aunque se hundiese el subsuelo, en menos que canta un gallo afónico realizaron el bonito ejercicio de pegar con cola a las dos pobres víctimas elegidas.



Pero Pluma-Lacia les había visto, y como hacía mucho tiempo que les "tenía ganas", decidió emplear con ellos la pena del Talién. "Ojo por ojo y pegadura por pegadura", que dirían los clásicos literarios.



Y ante el regocijo de Terre-Moto y Barba-Cana, que habían presenciado la escena, el indio pegó a los pilluelos en el tronco de un árbol, dejándoles colgados del tronco como si fuesen un par de calcetines.



Terre-Moto felicitó a Pluma-Lacia por su idea, y le convidó, como recompensa, a tomar un refresco de naranja con virutas de alcornoque, que era un refresco de su invención, partiendo los tres a darse el banquete.



Los dos pilluelos quedaron colgados en el árbol, más tristes y mosqueados que si les hubiesen robado un décimo premiado con el "gordo". Para colmo de males comenzó a llover como el día del diluvio, aproximadamente.



Mas la lluvia fué providencial para los encolados, porque el agua hizo que se ablandase la goma y Tarugo y Perdígón se vieron libres del suplicio ideado por Pluma-Lacia, que tenía muy mala entraña.



Todos sabéis que los pilluelos no perdonaban ninguna trastada que se les hiciera y que eran más rencorosos que un mosquito de trompetilla; así es que, al instante, decidieron vengarse de Pluma-Lacia.



Y cuando el indio, ajeno al nublado que se le venía encima, se deleitaba cantando la célebre romanza de "La entrada de los peces azules en el Jarama", Tarugo y Perdígón derribaron la tienda, aprisionándole.



El pobre Pluma-Lacia quedó imposibilitado de hacer movimiento, y entonces los hermanitos le pegaron sobre la choja el cabo de una vela, con la sana intención de que al consumirse le abrasase el tupé.

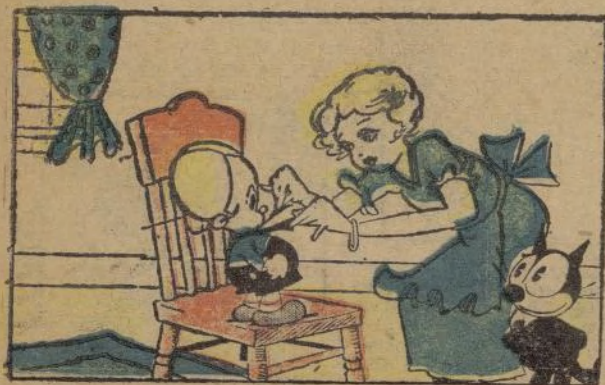


Y el prisionero quedó allí pasándolas negras y voceando como un gramófono descompuesto, y quiso su buena fortuna que acertasen a pasar por allí Terre-Moto y compinche, que venían de pescar ranas con escalera.

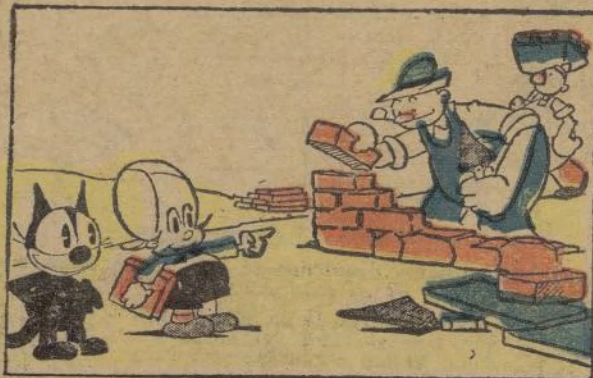


Le libertaron de su suplicio, y cautelosamente se encaminaron a las habitaciones de los hermanos, que dormían tranquilos, soñando en nuevas diabluras, ajenos a la tormenta de estacazos que iba a desarrollarse.

ANDANZAS DE FELIX



Todo tiene término en este mundo, y Bimbete encontró, por fin, a sus papás. Su mamá le riñó mucho a causa de la aventura del automóvil fantasma, y le mandó a la escuela para que se hiciera hombre, aprendiendo a trabajar.



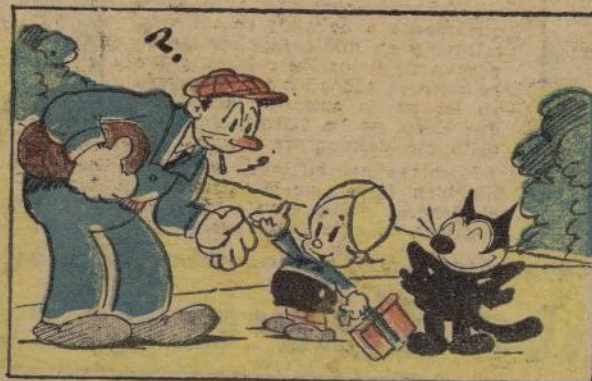
En compañía de su inseparable y querido Félix, Bimbete salió camino de la escuela, comentando las palabras de su mamá: "Principio requieren las cosas, y siempre se debe de empezar por los cimientos, como en las casas".



—¿Lo ves?, decía Bimbete. Esta florecilla será mañana como este árbol. Todo es empezar desde abajo. —¿Y entonces yo, cómo seré?, preguntó Félix. —Tú serás como esas focas, o tal vez como los elefantes del circo.



Y decidido ya el plan de conducta a seguir, Bimbete partió animado de ansias de trabajo, pues empezando desde pequeño, se haría un hombre de porvenir. Félix, que le quería más que al arroz con leche, siguió tras él.



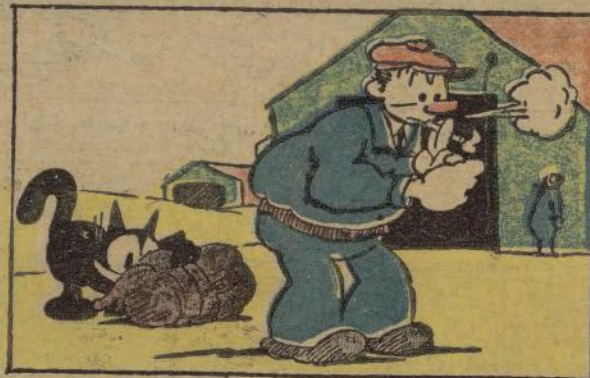
A la puerta de unos hangares se encontraron con un tío de cara de idiota, al que Bimbete le pidió trabajo, diciéndole: —Deme usted una colocación, aunque sea modesta, pues yo sé muy bien que debo empezar desde abajo.



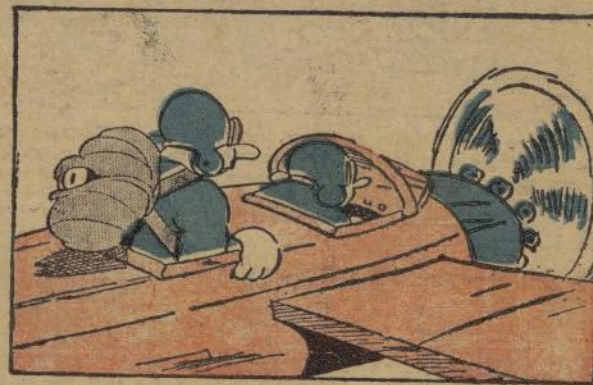
Pero el tío con cara de idiota, repuso: —Vete a que te fríen una vagoneta, niño. A mí las cosas me gusta empezarlas desde arriba, y cuanto más alto, mejor. —¡Mi madre, y qué tío!, exclamó Félix consternado.



Bimbete se marchó maldiciendo de aquel tío con cara de idiota, que había destrozado en flor las ilusiones de su querido amigo. Pero, por si las moscas, y como el tío se expresaba muy convencido, Félix decidió seguirle.



Y mientras el tío con cara de idiota encendía un pitillo, Félix se escondió, sin ser visto, en un bulto que había a los pies del hombre, dispuesto a seguirle, para observar la clase de trabajo a que se dedicaba.



Momentos después, el tío se subió a un aeroplano, que se elevó prontamente. —Esto va bien, pensaba nuestro simpático gato. Debe de ser un socio con mucho dinero, pues va a la oficina en aeroplano. Veremos lo que pasa.



Pero, de pronto, ¡horror, terror y furor! El aparato dió una vuelta de campana, y el tío con cara de idiota se lanzó al espacio, igual que si se apease del tranvía. —¡Me ha "matao"! ¡gritó Félix angustiado, sacando la cabeza del tío.



Y como da la casualidad que todos los cuerpos lanzados al espacio descienden con una fuerza viva proporcional a su peso, Félix "tomó tierra" contra el suelo, y estuvo a punto de hacer papilla a un pollo, que escapó sin decir ni pío.



Y cuando se le pasó el susto por el trastazo en que estuvo a punto de perder sus siete vidas, contempló atónito cómo descendía el tío con cara de idiota, que era sencillamente un "parachutista". —¡Por eso decía que empezaba siempre de arriba, el tío ladrón!